

JUAN IGLESIAS PEREIRA



Atlantis Ediciones
Narrative Books

EL ÁNGEL PENSATIVO



«*El término del cuerpo es el que veis y el del alma será según obréis.*»

Al leer la inscripción que, junto a una calavera, presidía la entrada al cementerio de San Amaro sonrió pensando que la iglesia no dejaba en paz a los muertos ni a los que iban a visitarlos.

Tras cruzar la puerta del cementerio, el inspector Manuel Ruiz abrochó su abrigo para protegerse del viento. Era una mañana fría, a pesar de estar ya en mayo, de esas que abundaban en la ciudad, no tanto por la temperatura sino por el viento constante que soplaba desde el mar y que hacía que a la poca gente que a esa hora estaba en la calle se le quedara la cara helada, sin que los débiles rayos del sol gallego pudieran hacer nada para evitarlo.

Su mirada recorrió la entrada del camposanto y allí vio a tres personas que conversaban pegadas a una pared. Reconoció a uno de ellos, un joven guardia de su comisaría que estaba hablando con otros dos hombres a los que, por sus ropas, el inspector clasificó inmediatamente como trabajadores del cementerio. En cuanto vio al inspector, el policía interrumpió la conversación y se dirigió hacia él.

- Buenos días, inspector, tenemos un día frío hoy.

- Buenos días Veiga, como todos los días por aquí. Al menos no llueve, creo que es de los primeros días que no está lloviendo en los dos meses que llevo aquí.

- No se preocupe inspector, se acabará acostumbrando, como nos pasa a todos.

- Ya veremos, pero lo dudo mucho. Bueno, dime ¿Qué ha pasado aquí? Han venido a avisarme a mi casa para que viniese rápidamente, pero no sé por qué.

- ¿No se lo han dicho? Han encontrado a un muerto – le dijo Veiga bajando inconscientemente la voz.

Ruiz no pudo evitar que una sonrisa sardónica asomara en su rostro.

- ¿Un muerto? Veiga, esto es un cementerio, lo raro sería encontrar a un vivo, encontrar a un muerto es de lo más normal.

- Pero este no es de los inquilinos del lugar, señor inspector - contestó Veiga, devolviéndole la sonrisa, divertido - Siga por ahí abajo y se lo va a encontrar, ya está ahí el comisario.

Tras despedirse con un gesto vago, Ruiz continuó caminando, mientras se preguntaba qué habría hecho que el comisario Moreira estuviese a las siete de la mañana en el cementerio. Tan solo hacía unos meses que lo conocía, pero ya lo había catalogado como el típico comisario cercano al retiro al que le gustaba dar órdenes y al que era más fácil encontrar en algún acto con el

alcalde o con alguno de los miembros de la alta sociedad coruñesa, que pisando la escena de algún crimen.

Mientras iba pensando en esto, Ruiz llegó hasta una pequeña escalinata y no pudo evitar que la visión que contemplaba desde allí le impresionara por inesperada. Una amplia avenida se abría ante él, flanqueada por espléndidas tumbas de mármol blanco presididas por ángeles en diversas posturas, muy del gusto de la década anterior. La avenida descendía en una pendiente que parecía desembocar en el mar, que se contemplaba al fondo de la escena y que se veía chocando contra las rocas, embravecido. Buenas vistas tienen los muertos, pensó Ruiz, parándose a contemplar el escenario que se abría ante sus ojos. Enseguida captó su atención el movimiento de un grupo de personas que se encontraban al final de la avenida. Recorrió la calle sin apresurarse, contemplando los ángeles que adornaban las tumbas. Unos abrazaban cruces en posturas suplicantes, mientras que otros se erguían como vengadores justicieros sobre los sepulcros o como guardianes de lugares a los que en realidad nadie quería entrar. Su mirada se deslizaba por los nombres que figuraban en las tumbas y reconoció los apellidos de las principales familias de la ciudad que estaba aprendiendo a conocer, apellidos de banqueros, políticos, navieros, comerciantes y nobles que todavía seguían dirigiendo la ciudad más o menos públicamente.

Según se iba acercando al grupo, otra imagen captó su atención, el cuerpo de un hombre que se balanceaba colgado de un árbol. Se encontraba junto a un gran panteón a cuya puerta montaba guardia la figura de un ángel sentado que parecía estar contemplando la macabra imagen. El viento que

llegaba del mar hacia que el cadáver se moviera ligeramente hacia adelante y hacia atrás, como si fuese un juego tenebroso que el grupo de hombres contemplaba.

Uno de ellos se apartó del grupo al verlo llegar y la gruesa figura de Moreira empezó a caminar apresuradamente hacia él.

- ¡Ruiz! ¡Ya era hora! - gritó, al tiempo que se le acercaba.

- Señor comisario, he venido en cuanto me han avisado.

- ¿En cuánto le han avisado? Ya llevamos un buen rato esperando aquí con este maldito frío ¿Qué se cree? ¿Que esto es uno de esos mítimes políticos a los que va usted y a los que se puede llegar a cualquier hora?

Ruiz se mordió la lengua, no le convenía enemistarse con un superior que podía hacerle la vida bastante imposible a un recién llegado a su nuevo destino. Además, seguía intrigado por el hecho de que Moreira estuviese allí, contemplando a un suicida. Algo más de lo que aparentaba tenía que estar pasando o Álvaro Moreira, comisario jefe de la ciudad de La Coruña, estaría todavía en la cama y su plan del día sería leer la prensa matutina en alguno de los cafés de la calle Real, antes de perderse en el Ayuntamiento o en la Diputación para saludar a algunos de sus importantes amigos.

- ¿Qué ha sucedido señor comisario? ¿Un suicida más? No me extraña con el tiempo que hay que aguantar por aquí.

Según dijo esas palabras, Ruiz ya se estaba arrepintiendo, pero no pudo evitarlo. Lo habían despertado al amanecer, no le habían dado grandes

explicaciones, estaba sin desayunar, muerto de frío y ¡Qué diablos! Moreira se merecía que le tocaran un poco las pelotas.

La cara de Moreira se acercó a un color muy próximo al púrpura mientras agarraba del brazo a Ruiz, que le sacaba dos cabezas, y tiraba de él hacia el otro lado de la avenida del cementerio.

- Escúcheme Ruiz, no se pase de listo. Si no le gusta este destino, escríbale al ministro a Madrid solicitando que lo trasladen, mientras, hará lo que yo le diga y cómo yo le diga. ¿Lo ha entendido?

Ruiz asintió mientras aguantaba el chaparrón que seguían sin disimulo las cuatro personas que ahora ya no fijaban su atención en el muerto.

- Ese que está ahí no es un suicida más, ¿No sabe quién es? Pues debería saberlo ¿Le suena el nombre de Ernesto Soler? Por su cara veo que sí, pues ese que cuelga de esa rama es Ernesto Soler, el dueño de la principal naviera de Coruña y si usted, señor policía de tierra adentro, no sabe lo que significa eso, pásese por el puerto y podrá ver lo que la consignataria Soler significa para esta ciudad. Escúcheme bien – continuó, bajando la voz - La muerte de ese hombre se va a extender por la ciudad antes de que la gente acabe de desayunar y se va a estar hablando de ello durante mucho tiempo. Pero lo que no queremos que se sepa es que se ha suicidado. Atienda bien, esto no ha pasado, lo que ha sucedido es que el señor Ernesto Soler ha fallecido de un infarto mientras paseaba por la noche, ¿Está claro?

- Sí señor - contestó Ruiz, mientras sonreía a su alterado jefe - Pero dígame, ¿De verdad cree que esto no se va a saber?

- Mire Ruiz, usted no lleva mucho tiempo aquí y no sabe como hacemos las cosas. Viene bien recomendado y su historial es bueno, pero esto no es la escena de un crimen, es un suicidio y no hay nada que investigar. La familia no tiene por qué saber detalles extravagantes de la muerte de Soler y no queremos que la prensa comience a inventarse historias ¿Me ha oído? Tape esto. Aquí no ha pasado nada, y hable con las personas que están aquí, me da igual lo que les diga, pero le hago a usted responsable de que la prensa no se entere de lo que ha sucedido.

Cuando acabó de decir esto, se giró y, sin despedirse, comenzó a ascender la avenida hacia la salida del cementerio. Ruiz vio como el comisario se alejaba y no pudo evitar pensar que caminaba como un pato gordo y cansado.

- A ti sí que te va a dar un infarto un día de estos - murmuró entre dientes, antes de darse la vuelta para hacerse cargo del problema que le habían dejado.

Malhumorado, miró para las cuatro personas que esperaban junto al muerto y que habían estado mucho más atentas a la conversación mantenida entre el comisario y el inspector que al propio cadáver. Dos eran guardias locales que Ruiz conocía de vista, el tercero parecía ser el vigilante del cementerio, un hombre de unos sesenta años y que parecía el más nervioso de todos ellos. No debe de estar acostumbrado a ver a los muertos al natural, fuera de la caja, pensó Ruiz.

- ¿Qué demonios están mirando? ¡Bajen a ese hombre de ahí! ¡Parece un adorno de un árbol de Navidad y ya estamos en mayo, por dios!

Los tres hombres se apresuraron a obedecer y comenzaron a descolgar el cuerpo del árbol. El cuarto hombre se mantenía ligeramente al margen, sosteniendo un pequeño maletín.

- ¿Quién es usted?

- Soy el doctor Saavedra, me han llamado para certificar la muerte del difunto - dijo alargando la mano hacia Ruiz, que no dejó de notar el ligero temblor de manos del doctor, su aspecto desaliñado y el olor a vino que despedía su aliento - Me han llamado hace una hora para que viniera aquí y estuviese presente cuando lo descolgaran.

- Muy bien doctor, soy el inspector Ruiz y, como creo que ya ha escuchado lo que dijo el comisario Moreira, esto es una muerte por infarto y no un suicidio ¿De acuerdo?

- No se preocupe inspector, no es la primera vez que atiendo uno de estos casos y sé lo que debo decir.

Mientras Ruiz meditaba sobre cual podía ser la posible experiencia del doctor, los hombres ya habían descolgado el cadáver del hombre y el médico se dirigió hacia él. Ruiz se alejó unos pasos de allí y comenzó a pensar cómo podría evitar que esto se supiese pronto, porque no se engañaba, la mentira no podría ocultarse mucho tiempo, pero al menos intentaría que no se supiese de inmediato. Su mirada se fue hacia el ángel sentado y pensativo que parecía

estar contemplando la escena que se desarrollaba ante sus ojos y Ruiz pensó que al menos alguien había pasado una noche entretenida.

- ¡Inspector!

- ¿Qué sucede? - dijo Ruiz, saliendo rápidamente de su ensimismamiento.

- Venga a ver esto - dijo el doctor, inclinado sobre el cadáver y haciéndole gestos con la mano.

Ruiz se acercó y la pregunta que iba a salir de su boca murió antes de salir. Tendido boca arriba, sin ojos, le contemplaba el cadáver de Ernesto Soler.